

10 cts.

REPRODUCCION

**Tomo II, No. 36**

# Reproducción

Tomo II, Número 36. — 10 de Agosto de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 250

## LA MENTALIDAD FRANCESA EN LA PRUEBA DE LA GUERRA

POR CLAUDIO LAFORET

Ligeramente abreviado, del *Mercur*  
*de France*, 16 de febrero de 1917.

Administración:

Botica de La Dolorosa.

Imprenta Crejos Hnos.

Un buen artículo escrito durante la guerra.

El individualismo se mejorará por el reconocimiento de los principios de autoridad y de coordinación, al mismo tiempo que quien asuma la autoridad comprenda que ella constituye un deber, no un privilegio.

## La mentalidad francesa en la prueba de la guerra

La psicología de la generación que no ha sido movilizada, la de los quincuagenarios, es de lo más interesante, pues son esos hombres quienes han preparado los acontecimientos actuales, en lo que el término preparar tiene de más «comprensivo». Ellos los han preparado, tanto por omisión como por acción.

Se ha repetido que esa generación era la de la «derrota», lo cual puede ser cierto, pero también muy falso. En buena lógica hay que suponer que los vencidos deben aspirar al desquite y prepararlo, portar las armas, ejercitarse, como en Prusia, y el ejemplo vale, lo hizo «la generación de la derrota» de

1806. No se podría decir lo mismo de la francesa. No fué guerrera su actividad. Sería injusto decir que no fué real. Las aptitudes aventureras y belicosas de la raza se volvieron hacia otros objetivos: principalmente coloniales. El resultado fué sin duda el mismo, y Marruecos sustituyó a Alsacia-Lorena en las conversaciones constantes de la Cancillería francesa con la de Berlín. Es incontestable, no obstante, que a partir del '70 los franceses fueron pacifistas. Esta era evidentemente una consecuencia posible de la derrota, pero sería injuria confundir ese pacifismo con el renunciamiento. Esa generación repugnaba la guerra por la guerra misma tanto como por quienes la llevaron a ella, pero no estaba aplastada. El resorte era bueno y bien soldado. Pronto, después de Francfort, la restauración de Francia inquietó a Bismark.

La influencia de la guerra de 1870-71 en la psicología de las clases dirigentes fué benéfica; templó las energías, en conjunto, y no modificó sino superficialmente un estado de espíritu que, sin ella, habría sido más o menos, lo que los últimos años del Imperio hacían prever.

Lo que caracteriza a la generación de hombres que se desarrollaron intelectualmente en los veinte y cinco últimos años del siglo XIX, es incontestablemente el espíritu científico y su parodia, el naturalismo literario. El progreso de las ciencias naturales mareó a los jóvenes que tenían veinte años, entre 1875 y 1890. A la zaga de los sabios cuya obra fué vulgarizada por la literatura naturalista, confesaron una nueva religión. Para la masa, el espíritu de crítica indispensable a la élite era letra muerta. La retorta, el horno, el microscopio y la máquina resolvían todos los problemas y respondían satisfactoriamente a todas las interrogaciones. Los más agudos asistían a la disolución de sus creencias con la sonrisa del escepticismo, pero la mayoría tenía la conciencia de poseer la verdad. Habían examinado la vida. El estudio de «los movimientos del alma», de las pasiones, de lo que había hecho vibrar a sus padres, se reducía para ellos a fenómenos biológicos: transportaban *in vivo* lo que observaban *in vitro*. Los embriagaban los conocimientos.

Esos hombres, nos rodean aún. Pue-

blan las Facultades, las Academias, las sociedades científicas, las asambleas parlamentarias. En ellos, el método científico alemán ha tenido mayor auge; los ha seducido por su aparato de fichas y su monumental bibliografía, y hacia él estos maestros han conducido sus discípulos.

Estos espíritus profesaban no asombrarse por nada. Una coraza de acero les ceñía el pecho; pero mientras la minoría extraía de la ciencia un apetito de mayor conocimiento, y sólo aceptaba como ciertos los fenómenos demostrados, algunos, alejándose de la realidad, sustituían las religiones fracasadas con la «religión de la Ciencia» y transportaban al orden político su lirismo literario y filosófico. Esta es la falta de esos ideólogos, de esos «científicos», para los que la guerra actual ha sido ruda lección y horrible despertar. No creían en ella, y ha perturbado sus previsiones y ha hecho llamamiento improviso a cualidades cuyo cultivo habían descuidado.

En cambio, lo que en la psicología de algunos había de delicadeza, matices, desarrollo intensivo de la persona-

lidad, como planta rara de invernadero, era la seducción de la Francia contemporánea. A esa generación cuya energía no fué expansiva, que refinó su gusto para sí misma y perfeccionó el análisis y la forma se deben obras literarias de primer orden. No hay en ellas goce alguno; sí un pesimismo, a veces grave, a veces ligero, pero de calidad exquisita.

La acción de un materialismo generalizado y la reacción de un espiritua- lismo más literario que filosófico, cons- tituyó esa mezcla compleja que perturbó a los que hoy son nuestros enemigos o nuestros aliados. Pero es necesario re- conocer que, sacerdotes de la ciencia o estetas delicados, a esos quincuagena- rios animaba un patriotismo del cual lo menos que puede decirse es que no tenía clarividencia.

Las «clases dirigentes,» a nuestro en- tender, no son sólo las que guían a los espíritus. Los jefes industriales, los due- ños del comercio y los gerentes de la cosa pública tenían los defectos de los intelectuales sin el privilegio de los ata- víos del gusto. Eran individualistas hasta circunscribir el mundo a los mu- ros de su fábrica o a las cuatro hectá-

reas de su circunscripción. El uno legislabá sólo para sus electores; el otro, provocaba ingenuamente una huelga al rival en favor de su venta; y éste, asustado por los resultados desastrosos de su conducta, acudía al recurso único de pedir a aquél una buena ley protectora. No son de repetir las acusaciones que otros con mayor autoridad y documentación han hecho a nuestros métodos sociales, políticos y económicos de los últimos 25 años. Pero, en cuanto presenta algún interés, se denuncia la misma preocupación de la personalidad, la misma ignorancia de los intereses colectivos, ese individualismo mal entendido que, según el medio, la cultura y las afinidades, se llamó egoísmo, particularismo, cinismo o diletantismo.

Esa generación de quincuagenarios conduce y gobierna y se esfuerza por adaptar sus cualidades esenciales a la espantosa tarea que la ha sorprendido. Hay que ser con ellos justos y respetuosos.

\*  
\* \*

Otras dos generaciones, menores que esos quincuagenarios, se batén. Los

primogénitos las admiran mohinos. No es normal que los hijos brillen antes de haber pasado los padres. Los de treinta y cuarenta años han prodigado valor y actividad. Sus opiniones, su ideal, el objeto que perseguían en la vida han resistido la prueba que ha templado cuerpos y espíritus. Antes de la guerra se les oponía unos contra otros. Ellos, en general, han acallado las voces discordantes. Invocar la acción vivificante de la atmósfera del *frente*, no es repetir un lugar común. Es por cierto impío hablar de la influencia benéfica de las batallas. Una humanidad, o una raza, de la cual se pueda decir que la guerra la salvará, no es digna de salvación. Pero es incontestable que en el crisol de la guerra se ha fundido una liga.

Esos hombres estaban formados, sus carreras y sus caracteres fijos ya, cuando fueron movilizados. Unos habían heredado de los primogénitos el respeto a las creencias científicas, pero en la práctica, a excepción de algunos «infantiles», su fe no era mística. Otros, disgustados del naturalismo, se precipitaron a ese alimento succulento, a ese espiritualismo ingenioso que un judío

singularmente oportunista atavió con su estilo atractivo y su clara elocuencia. Otros, conservaron o retornaron al ideal religioso de sus padres y hasta, a veces, lo exhibían de modo un tanto molesto.

Los jefes de empresas de esa generación eran más aventureros. Muy poco, pero habían viajado, y por persuadidos que estuviesen de la excelencia de sus productos y métodos, no desdeñaban compararlos con los extranjeros. Pared impenetrable separaba aún el laboratorio de la fábrica, pero el esfuerzo para abatirla se esbozaba. Intelectuales u hombres de acción, los franceces de esa edad parecían tener una meta, un desco de expansión y de ideal, que sus padres no habrían confesado sin rubor.

LA CULTURA GENERAL, ES VERDAD, DESCENDÍA. Era, en cierto modo, una reacción. El hombre de acción se ufanaba con despreciar al *libresco*. Muchos confundían la acción y el sport, el pensamiento y la fe.

Esta generación fué operosa y espiritualista, hija de la conjunción en el suelo francés de la cultura anglosajona y del idealismo eslavo y escandinavo.

En muchos hombres de treinta años, concurren un desarrollo físico muy esmerado y una inclinación definida por la moral tolstoiana. A estos hombres, después de treinta años de escepticismo pesimista, les faltaba un ideal, que Tolstoy les ha dado, sin que la mayoría de ellos lo hayan advertido. Del mismo modo, les agradaba una literatura en la cual los «movimientos del alma», aun lo inconsciente, ocupaba insensiblemente el lugar de los fenómenos pasionales o fisiológicos brutales. Así, pues, desde ambos puntos de vista estaban mejor preparados que sus primogénitos para la guerra. No es paradoja decir que es más fácil hacer la guerra que asistir a ella. Esta es, por lo menos, la impresión que produce comparar los actos de los que la viven con los escritos de quienes la «cantan,» en la acepción antigua de la palabra. Conocemos y hemos notado varias veces la impresión penosa hija de la lectura de ciertos trabajos frutos de las mejores intenciones, pero que, so color de «nacionalismo,» rompen con insigne torpeza ídolos que hoy desdeñan los mismos que ayer les profesaban harta admiración. Aque-

llos a quienes semejantes iconoclastas creen servir, son los primeros que deploran su delirio destructor.

Los «hombres de la guerra» se han doblegado al peso de la necesidad. Se han metido en sí mismos. Han cernido a través de meditación dolorosa sus ideas y teorías. En suma, la guerra ha modificado todos los valores. No hay nada de sorprendente en que la cercanía de la muerte haya dado más conciencia de sí mismo al individuo, a la vez que éste comprende, como jamás, cuales vínculos unen su alma al alma colectiva.

\*  
\* \*

La generación de los hombres de diez y ocho a veinte años, aún no formada por así decir, cuando la guerra estalló, y que sin embargo ha participado en ella activamente, tiene derecho a la piedad.

Niños, apenas salidos de la escuela en el momento en que la lectura, la meditación, el contacto con el mundo templan los caracteres, han sido arrebatados por el torbellino y muchos han muerto sin tener conciencia de sí mismos.

Por variadas que hayan sido las influencias educadoras, esta generación, tiene caracteres propios y otros comunes a todas las adolescencias. Entre los primeros: falta general de cultura, disposición a la fe y al gusto por los sports. A este respecto, se acerca a la antecedente, pero se distingue de ella en que ha sido educada, sin discutirlos, en principios que sus predecesores adoptaron por placer o por una «actitud». Desde la más tierna infancia han ejercitado los cuerpos, salvo brillantes excepciones, dejando dormir los espíritus. Han descuidado el *intelectualismo*. Se han beneficiado de las conquistas de la higiene obtenidas a la fuerza por hombres cuya infancia padeció por falta de ella.

Como corolario, han conocido la fe. Pero mientras un Peguy ha encontrado de nuevo la religión de sus mayores, o lo que él creía tal, tras quince años de ateísmo, ellos, sus hijos, la han aceptado sin espíritu crítico y sin conocer el reverso. Esta fe ha tomado fácilmente la forma «católica»; y si el catolicismo se beneficia, único, de esta aptitud para el idealismo, el libre-pensamiento cuenta también algunos prosélitos. No es discu-

tible, en suma, que al «materialismo» de los quincuagenarios, y a la indiferencia secundariamente repudiada por sus segundones, haya sucedido, en los jóvenes actuales, un espiritualismo de tendencia religiosa.

Esta generación, como todas las adolescencias, posee entusiasmo y ardor que la guerra ha multiplicado por coeficiente considerable. Esos niños se lanzan con ímpetu admirable. En la frente tienen el penacho temerario de Saint-Cyr. ¡Cuántos, hemos conocido en los regimientos, jóvenes tenientes, jóvenes capitanes que sólo tenían conciencia de su deber, y con el corazón puro sacrificaban a la Patria sin reservas mentales una vida ardiente!

\*  
\* \*

La guerra ha sorprendido a las mujeres francesas en el momento en que la literatura y el teatro habían comprometido su reputación. Como los viejos, los hombres maduros, y los combatientes, ellas se habrían revelado si esa debilidad no hubiese sido ficticia.

Los extranjeros iban a Francia con el prejuicio de que era fácil la mujer

francesa. Algunas prostituídas ilusionaban el frágil espíritu crítico de ellos, y éstos no se daban cuenta de la solidez de la familia francesa. Las obras teatrales, de las cuales cantidad de personas de mediocre cultura extraen su documentación psicológica, se nutrían casi exclusivamente de las peripecias del adulterio y de la pintura de aberraciones sensuales disfrazadas de arte. Según el 80% de las comedias de los académicos, la sociedad francesa sería una multitud de millonarios atacados de delirio salaz. Esto era excesivo.

La novela en conjunto, fué más real. En la obra de Romain Rolland, con las descripciones opuestas de la vida cosmopolita de la *Foire sur la place* y de la vida francesa de *Antoinette* o de *Dans la Maison*, se aprecian los valores de una y de otra.

La mujer francesa, antes de la guerra amaba su hogar y sus hijos, pero los amaba con gracia y elegancia. La educación que se le daba desde hacía veinte años agregó a sus cualidades fundamentales el gusto por el estudio. Su cultura considerable ha permitido a las mujeres de Francia, durante la guerra,

resistir todas las pruebas y todas las labores. No han sucumbido a la desesperación y han sustituido al hombre en muchas funciones sociales. Sus costumbres, a la verdad, en ciertos aspectos, han tenido algún abandono. La mujer francesa es valerosa, inteligente y culta, y también voluptuosa. Reproche éste, que no es posible hacerle sin ingratitud.

\*  
\*\*

La república, por democrática que sea, no escapa a la acción de la élite industrial, comercial e intelectual, y es a ella a quien se dirigen todos los que sueñan una refundición del espíritu público en Francia.

El individualismo, rasgo característico del espíritu francés, a pesar de las apariencias, ha sobrevivido a la guerra. Por urgentes que sean los llamamientos a la unión sagrada, al espíritu de colectividad, a la anulación de la personalidad, es necesario para comprender los gestos franceses, por sobre todo basarse en la firmeza de ese individualismo. Quienes, antes de la guerra, por tendencias políticas, filosóficas o confesionales lo combatían, no han escapado a su do-

minio. El individualismo es flor que adorna las razas en extremo cultas, pero que exhala peligroso perfume.

La guerra ha modificado su forma, a veces, lo ha enfrenado, domado, acogotado, pero él ha roto sus cadenas e inspira los actos de los que dirigen y aun de algunos de los que combaten.

En esto hay buenos y malos efectos. El pequeño burgués, el comerciante hábil en sus negocios, ha resultado un sargento o un oficial activo y lleno de iniciativas. En los grados inferiores, únicos en que la comparación es posible, esta iniciativa, con frecuencia, es mérito de los oficiales de la reserva y detrimento de los de carrera, hasta el punto que hay razón para preguntar si ciertos acontecimientos no habrían sido radicalmente diferentes si los altos grados hubiesen sido más accesibles a los civiles. Un feliz concurso de circunstancias transforman a menudo en acción brillante de detalle lo que pierde la disciplina. Nuestros enemigos padecen por la falta de cualidades personales de sus soldados, mientras que en el ejército francés se observan a diario mil hechos ínfimos que traducen lo que el hombre

guarda celosamente de su individualidad.

\*  
\* \*  
\*

En el comercio y la industria, se han dado los ejemplos más impresionantes, de las cualidades y defectos del individualismo francés. En la propia organización industrial de la guerra se ha revelado en toda su amplitud la impotencia de la colectividad representada por el Estado. Este, fabricante de obuses, gerente de arsenales, constructor de talleres y fábricas, ha trabajado siempre con pérdida. Más aún, es impotente para resolver los problemas industriales de acuerdo con fórmulas comerciales.

A los ingenieros y a los contratistas, a los obreros mismos, hubo de recurrirse cuando se advirtió que el interés general, a pesar de todo, se beneficiaba con el enriquecimiento rápido de algunos particulares. La historia del crecimiento de las fábricas de guerra en 1915-16, es uno de los capítulos más interesantes de la gran historia que hoy se vive, pero que sería indiscreto y prematuro delinear. Como quiera que sea, es ésa manifestación estrepitosa de la

imposibilidad de lograr en Francia domesticar, como en Alemania, al hombre a beneficio de la Sociedad. EL INDIVIDUO TRABAJA CON INTELIGENCIA EN PROPORCIÓN A SU INDEPENDENCIA; EL CIUDADANO PIERDE LA NOCIÓN DEL TIEMPO, DEL DINERO, DE LA LÓGICA DE LOS NEGOCIOS, EN CUANTO ES EMPLEADO DEL ESTADO, TAN PRONTO COMO ES FUNCIONARIO.

\*  
\* \*

A medida que se asciende en la escala social, las tendencias individualistas se manifiestan más. En ellas hay parte útil de emulación y deplorable elemento de celos. El espíritu de rivalidad es rescate de la emulación; las cuestiones personales, al par que la guerra se prolonga, se conquistan, a favor de ciertas ofuscaciones del régimen parlamentario, lugar excesivo y causan notable perjuicio al interés general.

Si la élite de intelectuales, literatos, filósofos, artistas, etc., hubiese sido disciplinada, la defensa de Francia, en cuanto a las ideas, ante los neutros, habría sido más rigurosa. Hemos hecho esfuerzo, pero, con raras excepciones, privados del brillo o de la difusión de

una acción concertada. Recordemos ese movimiento de impudencia—pero de obediencia—que el Gobierno imperial obtuvo de los noventa y tres alemanes notorios.

¡Qué fuerza habría tenido este llamamiento si no hubiese sido mentiroso! ¡Qué fuerza, a pesar de ello, tuvo en ciertos neutros! Que algunos profesores universitarios franceses, releen las cartas que simultáneamente recibían de sus colegas de Holanda, de América o de España, y que en una u otra forma, apenas diferente, reflejaban las sugerencias insinuantes de los profesores alemanes a sus corresponsales! Esos son ejemplos de lo que pueden realizar individuos de élite cuando disciplinan su esfuerzo y coordinan su acción.

La historia psicológica de la guerra se traduce en el conflicto de las contingencias colectivas con nuestro individualismo esencial. Los éxitos como los errores franceses, reflejan la adaptación de éste a aquéllas.

Aunque los caracteres principales del alma francesa hayan resistido a la tormenta, o bien que ésta haya contribuído en gran parte a afirmarlos prove-

yéndoles de campo de aplicación inesperado, no es menos cierto que en ese fondo inmutable la guerra ha impreso su sello y que los hombres que la vivan no serán exactamente iguales a lo que fueron.

La guerra habrá modificado sensiblemente las relaciones del individuo con el Estado, pues habrá modificado su valor recíproco. EL ESTADO SE HA MOSTRADO DÉBIL Y EL INDIVIDUO PODEROSO. Perdido en la masa, el individuo ha adquirido conciencia realmente de sí mismo y de lo que vale. En el peligro, frente a la muerte, el hombre se yergue y se mide, al mismo tiempo que experimenta los vínculos que le unen a los demás hombres. Corta los malos y se aferra a los resistentes. Esta concepción de relaciones entre el individuo y el Estado se revelará ciertamente después de la guerra. Disipada la pesadilla, en proporción a sus medios, se dará cuenta del carácter ficticio de ciertas instituciones y otorgará crédito a otras o a nuevas. Si el régimen se mantiene rígido, está llamado a desaparecer o comprometerá irremediablemente los intereses a su cargo.

Hay ya signos claros. *Mientras que en*

*la primera parte de la guerra, el Estado suspendía los contratos, multiplicaba los decretos de moratoria inconsiderados, agarrotaba la prensa e imponía el criterio oficial, sacudía la vida económica a golpe de decretos contradictorios, confiaba las tareas administrativas a muchedumbre de pequeños potentados testarudos y sintetizaba, en su delirio autocrático, la incompetencia técnica y la incompetencia psicológica, poco a poco, lo ha sustituido la iniciativa privada. Las Cámaras de Comercio organizaron su acción y la han hecho aceptar al Gobierno; los funcionarios de uniforme y títulos ceden el paso a ingenieros, hombres de negocios y a industriales; y en fin, el propio Estado se ha agregado comités técnicos, a título de consejo o les ha delegado parte de sus poderes.*

\*

\* \*

El individuo, más suspicaz y exigente en sus relaciones con el Estado, sin duda, mejorará sus relaciones con sus conciudadanos. El particularismo del francés, que a veces se expresa en expansión vigorosa, se altera en muchos casos y se reduce a un egoísmo ininte-

ligente. Los dos grandes males del país, antes de la guerra, fueron sin discusión, el *funcionarismo* y el *parlamentarismo*. Ellos tienen función de carácter nacional. El rentista, el comerciante y el empleado de menor cuantía, temían las empresas un tanto audaces; se complacían con una situación modesta, pero estable; limitaban sus necesidades a sus recursos y el número de hijos a la herencia que podían dejarles. El francés no era ambicioso.

Además, hecho a considerar el Estado como entidad poderosa, pero extraña a él, concepción hija de la centralización monárquica y terriblemente expuesta por la constitución de acero de Napoleón, habíase dejado desviar en ese sentido, y se tenía la ilusión de considerar como caducas las instituciones republicanas. El individualismo francés se acomodaba muy mal a la absorción de la actualidad de cada uno en la vida colectiva, e igualmente a un esfuerzo combinado entre diversos grupos de ciudadanos.

\*

\* \*

El valor individual, la más inteligente iniciativa, es nada sin la noción práctica

que explota el esfuerzo. Hay que saber abandonar determinados privilegios personales de rango, de fortuna, aun de inteligencia, para adaptar nuestro valor al de los otros y saber concebir, en presencia de nuestro trabajo realizado, lo que éste se vuelve multiplicado por el de nuestros asociados. Hay que comprender que los principios de autoridad y de disciplina no envilecen nada a quienes trabajan bajo su doble dirección. Es ésta, acaso, la mejor lección de la guerra al individualismo francés; y será tarea de los que sobrevivan hacer por que no se pierda.

No es inverosímil presumir que el hombre que ha conocido el valor de la autoridad en el peligro, será más apto para aquilatar el precio de esa misma autoridad en el ejercicio de una labor pacífica; y el que asuma la autoridad habrá aprendido a defenderla y a hacerla producir cuanto ella puede; para él, ella debe constituir un deber y no un privilegio. Unos y otros, por lógica natural, no se desinteresarán de la «cosa pública». Una fusión íntima de las actividades privadas en la actividad directora del Gobierno es la base propia de

una gestión inteligente del interés general.

Es justo reconocer que algunos de los Aliados, han sido para los franceses maestros incomparables. Mientras Rusia, de desastre en desastre, iba de la autocracia monárquica a la autocracia gregaria, los Ingleses que conocen el valor del hombre y respetan el individuo, los Americanos, que expresan en pocas palabras pero en actos enérgicos una voluntad razonada, nos han enseñado el desprecio de las discusiones bizantinas, de las decisiones bastardas y de las soluciones diferidas.

Los intelectuales de Francia no están fracasados y tendrán mañana un gran papel que representar. Que se cuiden de las especulaciones puras, se defiendan de las seducciones del espíritu, y traten de unir su pensamiento a los problemas de la vida y a las realidades de la acción. No perderán por ello. Al contrario, hombres de ciencia, filósofos y pensadores, a ellos, pues, corresponderá observar la brújula y llevar el timón. **ES ERROR CREER QUE EL PENSAMIENTO ESTORBA A LA ACCIÓN Y QUE LA ACCIÓN ENVILECE EL PENSAMIENTO.**

Apartado RR.

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Talonarios

Fibros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

